

pectáculo de esta última abdicación. El doctor Antomarchi que había presenciado las órdenes dadas por Napoleón á su capellan, pareció admirarse. *No soy*, dijo Napoleón, *ni filósofo ni médico; el ateísmo no es natural*. Sin duda Napoleón equivocó la voz; quería decir, *materialismo*. El 24 acabó de arreglar los codicilos de su testamento.

El 28, un cuidado estóico ocupó la mente de Napoleón. Encargó al doctor Antomarchi hacer la autopsia de su cuerpo, y le mandó comunicar á su hijo las observaciones que hiciese; le dió la orden de embalsamar su corazón y de llevarle á su querida *María Luisa*. *Ireis á Roma, doctor, direis á los míos que el gran Napoleón ha muerto sobre esta triste peña en el estado mas deplorable, faltándole todo, abandonado á sí mismo y á la gloria*. El día siguiente se le trajo agua de la fuente de Hutsgate. « Si el » destino quisiese que me restableciera, dijo, » levantaria un monumento en el lugar donde » brota esta fuente, en memoria del alivio que » me ha proporcionado. Si muero y que no se » proscriba mi cadáver como se ha proscripto » mi persona, deseo que se me entierre cerca » de mis abuelos en la catedral de Ajaccio. Si

» no se me permite descansar en el lugar » donde he nacido, que se me dé la sepultura » allí donde corre esta agua tan dulce y tan » pura. » Manifestaba este último deseo porque sabia muy bien que se le negaria ser enterrado sobre las orillas del Sena. El 2 de mayo, en su delirio, se figuraba hallarse á la cabeza del ejército de Italia, y exclamaba: « Steingel, » Desaix, Massena, id, corred, cargad, la » victoria es nuestra. » El día siguiente, vuelto en sí, y discurriendo que se acercaba su última hora, se dirigió con un tono grave y solemne á sus dos albaceas Bertrand y Montholon, y les dijo:

« Vais á volver á Europa. Os debo algunos consejos sobre la conducta que habeis de guardar. Habeis sido compañeros » de mi destierro, *sereis fieles á mi memoria, y no hareis nada que pueda ultrajarla*. » He sancionado todos los principios, los he » infundido en mis leyes y en mis actas, no » hay uno solo que no haya sido consagrado » por mí. Desgraciadamente las circunstancias » eran graves. Me he visto obligado á valerme » del rigor y á suspender la ejecución de » mis planes; han sucedido desgracias, no

» he podido aflojar la cuerda del arco , y la
 » Francia ha sido privada de las institucio-
 » nes liberales que tenía proyectadas. Me juzga
 » con indulgencia, agradeciéndome mis inten-
 » ciones ,y guarda la memoria de mi nombre y
 » de mis victorias. Imitadla , mostrandoos fie-
 » les á las opiniones que hemos defendido y
 » á la gloria que hemos adquirido; todo lo de-
 » mas es vergüenza y confusion. »

El 4 , una tempestad tremenda derribó hasta el último árbol que habia suministrado su sombra á Napoleon , y parecia pronosticar que el último astro que habia brillado sobre la tierra iba á apagarse. A las cinco y media de la tarde , Napoleon interrumpió el silencio letárgico en que estaba sumergido y prorumpió con esta exclamacion : CABEZA DE EJÉRCITO. Tales fueron las últimas palabras del vencedor de la Europa. Su mirada postrera se dirigió hácia el busto de su hijo , que habia mandado colocar un mes antes enfrente de su cama. Veinte minutos despues , aquellas manos que habian tenido y dado tantos cetros , que habian edificado y derribado tantas murallas , quedaron heladas bajo los besos y las lagrimas de los hijos del general Bertrand.

El dia siguiente , á las seis de la tarde , el doctor Antomarchi procedió religiosamente á la autopsía , conforme á las intenciones de Napoleon , en presencia de los albaceas , de los oficiales de la guarnicion y de ocho médicos ingleses; estos últimos extendieron el proceso verbal conforme á las órdenes del gobernador. Se decia que Napoleon habia sucumbido á un vicio canceroso hereditario. El doctor Antomarchi no quiso firmar esta declaracion porque su opinion era que Napoleon habia sucumbido á una *gastro hepatitis crónica* , producida por el clima. De manera que la autopsía , en vez de constatar la verdad , consagró la fábula absurda del carácter hereditario , que los médicos ingleses tuvieron que aplicar á la enfermedad de Napoleon , conformándose con las insinuaciones ó las órdenes de sir Hudson Lowe , que procuraba sustraer á su gobierno y á sí mismo á la responsabilidad de un gran delito que jamás olvidarán los siglos. Las instrucciones ministeriales que habian decidido muy de antemano , á pesar de las declaraciones del doctor O'Meara , que el *paciente* moriria de la enfermedad de su padre , desmentian el testimonio irrefragable

de la autopsía del cadaver *del enemigo comun.* El ministerio británico y la Santa-Alianza, sin duda, daban todavía este nombre á Napoleon; pero él mismo, con un arrojo sublime, habia dicho la víspera de su muerte: *Estoy en paz con todo el género humano.* Así es que despues de muerto, su cara manifestaba todavía la quietud de su alma. Habia llegado el momento en que lo habia perdonado todo.

El congreso de Aix-la-Chapelle, que habia señalado la isla de Santa-Helena para servir de sepulcro á Napoleon, prohibió tambien que sus cenizas volviesen á su patria. Ni las reclamaciones de los generales Bertrand y Montholon, que invocaron el tratado de Paris, ni despues las instancias de la familia de Bonaparte, que pidió que el cuerpo de su gefe fuese trasladado á Roma, no pudieron lograr que se mudase la resolucion del congreso. Entonces se reclamó la ejecucion del primer intento de Napoleon, renovado pocos dias antes de su muerte, y se eligió para su sepultura el sitio designado cerca de la fuente de Hutsgate.

Despues de la autopsía, sir Hudson Lowe, habiéndose negado á permitir á los albaceas el que llevasen á Europa el corazon y el estómago

de Napoleon, pusieron estos preciosos restos en unas copas llenas de espíritu de vino. Napoleon, vestido con el uniforme de cazadores de la guardia imperial, y con todas las insignias de todas las órdenes que habia creado ó recibido, durante su reinado, fue puesto de manifiesto sobre el lecho en que habia muerto, que así se halló transformado en cama de respeto. La capa de Marengo servia de paño de tumba, por una elocuente alusion. El cautivo de los reyes iba á bajar al sepulcro con todas las decoraciones de los soberanos europeos, y la cama de hierro en que descansaba despues de las cuarenta y nueve batallas campales, en que los habia vencido á todos, venia á ser un monumento fúnebre, alrededor del cual la religion y la veneracion histórica reunian á los extremos del océano Atlántico, los respetos de un estado mayor británico y los sentimientos de una familia francesa. En este momento, el gobernador pareció experimentar el dolor que agoviaba á los amigos de Napoleon. Deploró la pérdida que hacian, tanto mas cruel cuanto que el gobierno británico manifestaba sentimientos mas humanos. Tenia encargo del ministerio para comunicar al general Bonaparte,

que se acercaba el momento en que se le podría dar la libertad, añadió que S. M. Británica no sería el último que acelerase el término de su cautiverio. Sir Hudson Lowe concluyó diciendo de un modo extraño, y como si á pesar suyo dejase escapar todo su pensamiento: « Ha muerto; todo está acabado; mañana le » tributaremos los últimos honores. »

Napoleon quedó de manifiesto el 6 y el 7 de mayo. Sir Hudson Lowe permitió á todos los Ingleses, que viniesen á ver *al huésped del Berlofonte*, al muerto de Santa-Helena. El concurso fue general y el sentimiento unánime. Los habitantes, sin excepcion, lloraron sobre Napoleon, así como todos los soldados sobre el gran capitán. El 8 su cuerpo fue embalsamado; luego se le vistió con el uniforme de la víspera, y se le encerró en una mortaja cuadruple. El 9 la funcion fúnebre se ejecutó en el orden siguiente: Napoleon Bertrand, ahijado del Emperador, hijo del gran-mariscal, el capellan Viñani, vestido de sacerdote; los doctores Antomarchi y Arnold; veinte y cuatro granaderos ingleses, destinados á bajar el cuerpo, luego un coche de luto donde iba el cadaver, y detrás el caballo de Napoleon; los

condes Bertrand y Montholon, albaceas, con el primer ayuda de cámara Marchand. Los criados de Napoleon seguian á pie y la condesa de Montholon en coche con su hija. Venian despues los oficiales ingleses de tierra y mar; los individuos del consejo de la isla; el general Coffin; el marques de Monchenu, comisionado por la Francia y el Austria; el almirante y gobernador, héroe de esta pompa fúnebre; en fin, lady Hudson Lowe y su hija vestidas de luto en un coche. Tres mil hombres escoltaron el cuerpo al salir de Longwood, y como el camino no permitia al carro fúnebre llegar hasta el lugar del entierro, los granaderos ingleses tuvieron el honor de llevar sobre sus hombros los restos del héroe. Doce salvas de artillería anunciaron al Occéano que el alma de Napoleon habia abandonado la tierra.

Se hallaron en el cuarto de Napoleon algunos papeles rasgados. Estos fragmentos son preciosos; en uno de ellos se leia:

« Nuevo Prometeo estoy clavado en una » peña donde me roe un buitres: sí habia ro- » bado el fuego celestial para dárselo á la

» Francia! El fuego ha vuelto á su origen y me
 » ha dejado aquí! El amor de la gloria se
 » parece á ese puente que Satanás echó so-
 » bre el caos para pasar desde el Infierno
 » al Paraiso; la gloria une lo pasado con lo
 » venidero, del que lo separa un abismo in-
 » menso. Nada para mi hijo, á quien solo
 » dejo mi nombre! »

Napoleon reinaba todavía en Santa-Helena y no perdía de vista á la Europa que podia gobernar aun; pero vivia, sobre todo, con su gloria como con el huésped de los siglos venideros; asistia á sus últimos momentos, cuando eligió su tumba cerca de una fuente pura, abrigada por unos sauces, y esta sepultura de un sábio era para él el monumento sepulcral del dueño del mundo.

Jamás hombre, desde Alejandro Magno y Julio César, tuvo mas derecho á llamar la atencion de la posteridad. Al pensar en su sepulcro, puesto bajo la custodia de las tempestades, en el seno del Occéano, inmortalizado por los cantos de Camoëns, su alma profetizaba acaso para sus cenizas, la rome-
 ría del universo. Pudo decirse á sí mismo:

¿Dónde estan las cenizas de Cyro, de Sesostris, de Alejandro, de César, de Carlo-Magno? Las mias habitarán para siempre mi túmulo; no se hallan sobre el camino de los conquistadores.

FIN DEL TOMO CUARTO Y ULTIMO.